Y como yo hiciese un gesto de temor, añadió:

—¡Oh! ¡no tengáis miedo! ¡No pienso ofreceros ningún dón, porque os conozco! Quiero solamente cambiar ese género de vida que os mata, yendo á comer con nosotros todos los días, y en seguida podréis jugar una partida de ajedrez con el abate Ferrás..... No me interrumpáis; sé lo que váis á decir: que el Conde de Flamarande no encontrará bien esta intimidad; pero no nos será difícil suspender estas visitas durante las cortas y raras apariciones que hace por aquí. Si alguna otra persona tuviese algo que decir al verme tratar con cariño al hombre honrado y caballero que cuida de los intereses de mi hijo, despreciaría sus murmuraciones. En la soledad en que vivo necesito sociedad, y no podría encontrar ninguna mejor ni más legítima. Ya sabéis que cuando Roger se ausenta, como con Elena, y nadie lo encuentra mal. Pues bien, haremos mesa común y formaremos así una familia de personas igualmente educadas y que se quieren mucho. Prometedme empezar desde esta noche, Carlos. Roger vendrá á buscaros.

Balbuceé una respuesta vaga. La Condesa me estrechó la mano, diciendo:

—¡Hasta luego!

Y salió.

LV.

Mucho trabajo me costó reponerme de la agitación que se siguió en mi alma á tan imprevisto acontecimiento. Me sentía cogido en un lazo, y me preguntaba con inquietud cómo podría evadirme. No era posible resistir á la seducción de aquella mujer. Sabía que poseía una prueba por medio de la cual podía obligar á su marido á devolverle su hijo, y nada olvidaba por hacer que me interesase en su favor. ¿Cómo no había hecho esto antes? ¿Había tenido en cuenta para no hacerlo, mi adhesión inquebrantable al Conde? ¿Estaba persuadida de que yo la creía digna bajo todos conceptos?

Tal vez, porque yo no había revelado á nadie su cita del *Bosque de Bolonia*, ni mis descubrimientos posteriores en el *Refugio*. Podía, pues, tener esperanza de explotar mi inocencia en provecho de Gastón.

—¡Ay!—me dije;—¡qué desgracia es que esta víctima de la severidad conyugal no sea una víctima sin tacha! ¡Qué placer tendría yo en poderla servir y sacrificarme por ella, en lugar de tener que fingir como ella finge.

No estaba aún decidido á aceptar su invitación, cuando Roger vino á buscarme con tanta prisa, que apenas me dió tiempo para retirarme. Me hice rogar mucho, porque aquella comida diaria era incómoda para mí, que odiaba tener que vestirme y que podía disponer de muy poco tiempo. Además, no comía, y era un convidado triste que no servía para dar animación á una mesa; pero todas estas razones que yo daba á Roger eran inútiles, porque cuando el impetuoso niño quería una cosa, no había medio de negársela, y la idea de que comiese con ellos había salido de él. Así es que, cogiéndome de un brazo, me arrastró á la fuerza, pues era muy robusto y yo estaba debilitado por la tristeza.

La comida se servía en una salita en que hasta entonces había comido solo el abate Ferrás, admitido al mismo tiempo que miss Elena y yo en la intimidad de la Condesa.

Fuimos servidos por el *groom*, á quien dirigía miss Hurts.

Evidentemente la Condesa, al cambiar sus costumbres y las nuestras, quería procurarse la ocasión incesante de hablar conmigo de sus alegrías ó de sus penas maternales. Estuvo adorable de bondad; Roger loco de alegría; el abate muy tranquilo, y Elena ocupándose de todos nosotros con la mayor amabilidad. Noté que la Condesa la trataba como á una amiga, y no me extrañó, pues sabía que estaba enterada de todos sus secretos.

Después de comer, la Condesa bajó al jardín y cada uno de nosotros se fué á sus quehaceres; pero antes de dejarla nos exigió que volviésemos de ocho á diez á jugar en su salón la partida de ajedrez que todas las noches tenía lugar en su casa.

Yo había esperado preguntas, insinuaciones y falsas confidencias; pero no hubo nada de esto.

Me había evadido de contestar bajo el golpe de mi primera emoción, y contando con que nuevas preguntas no se harían esperar, preparé de antemano mis respuestas; pero la Condesa no me preguntó nada, hablando de otras cosas conmigo y tratándome en todo como si hubiese sido su igual. Jamás sorprendí el más leve esfuerzo para influir mis ideas en provecho de las suyas; y ésta no era una tolerancia particular conmigo, pues con todo el mundo parecía la bondad misma. Odiaba la disputa y permitía, cuando más, la discusión. Era más modesta al par que iba siendo más instruída, pues hacía algunos años que estudiaba mucho para hacer estudiar á su hijo, y su inteligencia se había desarrollado extraordinariamente.

Era, en fin, un ser original á fuerza de parecer tan perfecta. Todos los que la veían un instante la querían, y era adorada por los que vivían á su lado. No había más remedio que sentir el encanto de aquella bondad, de aquella suave dulzura. No traté de evadirme de él, porque ví que mis simpatías en este punto por la Condesa no podían traerme ningún compromiso contrario á mis resoluciones. Poco á poco me sentí renacer en aquella nueva vida, que era para mí como una rehabilitación. Mi antipatía por la esposa culpable se borró como un mal sueño. ¿Era posible exigir de ella una reparación más sostenida, una sumisión más heroica á la voluntad de su marido y un cariño más absoluto al hijo legítimo?

Siempre la compadecía, pero en algunos casos no podía menos de admirarla. Tampoco podía menos de sentir un agradecimiento profundo por la nueva existencia que me creaba así, sin condiciones y por el solo placer de colocar en su esfera á un desgraciado, largo tiempo alejado de ella.

La Condesa me creía digno, ignorando mi largo espionaje y mi terrible campaña en el *Refugio*, y yo estaba usurpando el elevado lugar que me concedía en su imaginación.

¿Pero ignoraba en absoluto el exceso de mi cariño por Roger? ¿No había descubierto Salcedo mi sustitución? Estas reflexiones turbaban á menudo mi sueño. Me veía atraído á relaciones íntimas que harían muy penosa mi oposición á los proyectos del porvenir. ¿Pero existían esos proyectos? ¿Querrían obligar al Conde á reconocer á Gastón? ¿Se atreverían á descorrer aquel velo misterioso? No, no podían hacer esto. ¿Esperarían la muerte del Conde? En ese caso tendrían que aguardar mucho, porque estaba aún muy joven y había conseguido dominar la afección crónica que había amenazado su vida durante tanto tiempo.

En suma, los años transcurrieron sin que ninguna tentativa fuese hecha en este sentido. Hice conmigo mismo un compromiso que me devolvió la calma. No era rigorista por sistema, y nada me impedía ser el amigo cariñoso y discreto de una mujer excelente, encantadora, que, casada con un hombre raro, había cedido á la pasión de un adolescente lleno de seducciones. El hijo de la adúltera había sido desterrado por el marido y recogido por el verdadero padre. Todo esto era tolerable y no me concernía. Temí en un principio que quisieran comprometerme á introducir al hijo ilegítimo en la familia legal; pero nada de eso ha-

bía sucedido. Podía en adelante estar en paz conmigo mismo, sentir sin miedo el dulce ascendiente de aquella bondad, y perdonarme haber dudado de ella hasta el punto de haber buscado armas excepcionales, encontrándome por fin en una esfera en donde mis facultades, largo tiempo oprimidas, encontrarían todo el desarrollo que podían esperar.

FIN DEL CASTILLO DE FLAMARANDE (1).

(1) El episodio en que termina EL CASTILLO DE FLAMARANDE lleva por título LOS DOS HERMANOS.